

Roque Esteban Scarpa

## El ansia y la noche en Delmira Agustini



COMO una ortiga pequeña y melancólica viene el llanto en la sangre: cuaja la flor obscura de la poesía y el llanto nos hiere secretamente en los ojos. Nadie nos mira, ni la nostalgia. Pero el llanto está ahí, presente. Y la poesía lo atestigua.

¿De donde viene el llanto? ¿Quién lo ha despertado? ¿Quién lo ha traído hasta nuestro pecho? Sabemos cuando quebramos una magnolia, sabemos cuando cae la última hoja del otoño, pero siempre ignoramos cuando, por virtud del llanto nace en nosotros la poesía, esa conciencia del ángel herido en los ojos, del ángel cegado que conduciremos por la tierra. El hombre abandona en cualquier tarde su inocencia y entonces viene el llanto, como un fantasma de luz, a ocupar el eterno espacio vacío.

La poesía de Delmira Agustini es la angustia del llanto, es la agonía de las lágrimas. Es la extrañeza y la fascinación de tener de pronto en las manos un ramillete de ortigas que nos quemán. Como en un sueño

que nos obligan a soñar. Creemos, entonces, ser de otra estirpe o por lo menos el recuerdo de otra raza que una tempestad asoló de la tierra. De aquí nacen las preguntas, esas terribles preguntas que hacemos a las sombras que caminan por el muro. De aquí la terrible angustia de Delmira Agustini que sentía en sí la poesía como un cáncer que le iba poniendo las manos oscuras.

¿Soy flor o estirpe de una especie oscura  
que come llagas y que bebe el llanto?

Ese recuerdo que olvidó el olvido, es como una diadema real, hallada entre las ruinas de un palacio deshabitado. Con ellos—el recuerdo y la corona—podemos rehacer el pasado perdido, el sueño que aun nos anda entre las venas. Volvemos el rostro a la noche. Volvemos con el ansia a retroceder en el tiempo para encontrar el reino perdido. Soñamos el reino donde todos nuestros actos tenían una dimensión infinita: el llanto era como un bosque de ruisñores y el amor, un alto río hacia el océano. Volvemos más allá de la infancia, más allá de donde, de nuestros pasos, no se oye el murmullo de la arena pisada, ni el leve desgajarse de cada rama del inmenso árbol del aire.

¡Pobre mi alma tuya, acurrucada  
en el pórtico en ruinas del Recuerdo,  
esperando de espaldas a la vida  
que acaso retroceda el Tiempo! . . .

Este sueño que nos sueña nos hace desterrados en el mundo. Ignoramos el idioma y sólo sabemos hablar por medio de las estaciones y los suspiros. Es «una rara ceguera luminosa», nos dice Delmira. Una ceguera como de estatua, elemento tanpreciado, inmóvil y vivo en su poesía. Cuando pretende definir su esencia de mujer sobre la tierra, sólo atina a decirnos:

Yo, la estatua con cabeza de fuego,

dándonos en su breve definición los elementos puros de su agonía: estatua de sal vuelta a la esperanza y al abismo, mente como una flor de llamas o un viento encarnado. De aquí su piedad por los seres idénticos; de aquí su pecho de plumas para todos los mármoles desterrados, por todas las

cabezas coronadas de una espina invisible.

De aquí esa encendida interrogación al amor, si no ha sentido piedad y lástima por las orgullosas estatuas, por sus bocas amordazadas en cenizas, por su inextinguible esperanza:

víctimas del futuro o del misterio,  
en capullos terribles y magníficos  
esperan a la vida y a la muerte.

Este sueño que nos sueña nos hace concebir el mundo y el amor como tierra y pasión sobrehumanas. El

mundo que es real por los sentidos, nos asusta como un monstruo desvelado en nuestro camino. Debemos huir con nuestras lágrimas y nuestro amor más lejos, más adentro del sueño, pues

acá lo humano asusta, acá se oye,  
se ve, se siente sin cesar la vida.

Mientras que, en la noche oscura, sentimos vuelta hacia nosotros una vida distinta, un lento fuego hecho de ojos insomnes que nos entiende: un amor que se inclina hacia nosotros, como si fuera el cuerpo—dice la poetisa—la inicial de su destino. Es en la vida oscura donde pueden abrirse los verdaderos estíos del amor: «los lechos negros logran la más fuerte rosa de amor», escribe Delmira.

Hay noches negras, negras, que llevan en la frente una rosa de sol...

Ella también se abrirá como una dulce flor, allá en la sombra, por gracia del amor. Como en un sueño podríamos asistir a la transformación lenta de «una crisálida de piedra» en una mariposa o en una flor. Pero la pasión en esa zona de tiniebla no se condensa en un ser, sino que le aparece bajo formas proteicas en las que el corazón enamorado adivina la belleza eterna, aquella hermosura que hacía decir al místico:

Y vámonos a ver en tu hermosura.

A veces es una luz errante que mira; otras, un hongo gigante, muerto y vivo,—brotado en los rincones de la noche». Y también Delmira sabe que

como un cisne sonámbulo duerme sobre mi sueño;  
y es su paso velado de distancia y reproche  
el seguimiento dulce de los perros sin dueño  
que han roído ya el hambre, la tristeza y la noche  
y arrastran su cadena de misterio y ensueño.

Todo su amor no es más que un ansia de «vida imposible, vida sobrehumana». El amor la atrae hacia esa imposibilidad extraterrena, en la que el cuerpo se niega a entrar, y el alma se pierde. Y esta agonía es la que exclama en su llanto, en su poética, al decir que el amor:

debe ser vivo a fuerza de soñado  
que sangre y alma se me va en los sueños.

Turbada siente Delmira esa dualidad de vivir en dos mundos antagónicos: este mundo de tierra, donde ella es estatua inmóvil con cabeza de fuego, y aquél, donde el amante ideal «el esculpido en prodigios de almas y de cuerpo», «solloza en sus ensueños». De esos ojos ciegos y de éstos de llanto nace su tragedia. No pertenece ni a un mundo ni al otro. Siente la belleza humana transitar por los senderos de la tierra, y le es en su hermosura, paraíso vedado:

Todas esas cabezas me duelen como llagas.

Si torna la vista al país secreto donde su alma se pierde, donde solloza el amante que le desgarró las carnes con uñas extrahumanas, mientras la noche, encubridora del sueño, solloza

como una enorme viuda pegada a mis cristales,  
siente que esa belleza que la aguarda le es tan lejana como la más pequeña estrella:

¡Y así la lloro hasta agotar mi vida . . .  
así, tan viva cuanto me es ajena!

Agonía de Delmira Agustini, llanto de heroína desterrada, es su poesía. Novia del vértigo, abrasada esposa de la noche, desollado jazmín. Su poética no es nada más que la memoria de un sueño que la agotaba, y de

el vuelo ardiente, devorante y único,  
que largo tiempo atormentó los cielos.